

//Dossier// *María Amelia Arancet Ruda (coord.)*
En torno del agua en las literaturas de la Argentina

**Más allá (del regionalismo),
la inundación**
Mercedes Alonso¹

Recepción: 13 de abril de 2023 // Aprobación: 3 de mayo de 2023

Resumen

Las literaturas de la Argentina tienen una relación conflictiva con el agua. Las inundaciones que recorren su historia desde el momento fundacional del sistema, establecido en el siglo XIX, muestran los términos de este imaginario problemático. Las inundaciones son catástrofes que representan todos los males sociales, desde una configuración realista y de denuncia, y uno de los fenómenos con que la literatura del siglo XXI imagina el futuro como regresión. En este artículo intento marcar un giro en la narrativa de la inundación a partir de dos cuentos contemporáneos que no participan de ninguna de esas formas de representación. En “Tormentas” (2017), de Santiago Craig, y “Antes de antes” (2018), de Juan Bautista Duizeide, las inundaciones son productivas. La transformación de los espacios narrativos que cuentan permite hacer una lectura que reflexione sobre la construcción de las regiones literarias.

Palabras clave

literatura argentina - cuento - regionalismo - inundación - modos narrativos

Abstract

The literatures of Argentina have a conflictive relationship with water. The floods that trace its history from the founding moment of the system, established in the 19th century, show the terms of this problematic imagery. Floods are catastrophes that represent all social ills, from a realistic and denouncement configuration, and one of the phenomena with which 21st century literature imagines the future as regression. In this article I try to show a possible turning point in the narrative of the flood in two contemporary short stories that do not participate in any of these forms of representation. In “Tormentas” (2017), by Santiago Craig, and “Antes de antes” (2018), by Juan Bautista Duizeide, floods are productive. The stories about the transformation of narrative spaces give way to a reflection on the construction of literary regions.

Keywords

Argentine literature - short story - regionalism - flood - narrative modes

¹ Doctora en Literatura por la Universidad Nacional de Buenos Aires. Ayudante de primera de Géneros y Estilos Audiovisuales en la Universidad Nacional de las Artes – Departamento de Artes Audiovisuales. E-mail: meralonsa@gmail.com

Las líneas del agua

La relación de las literaturas de la Argentina con el agua se podría definir a partir de la transformación del postulado de Viñas (2005): la literatura argentina no empieza con la violación, que está al final de “El matadero”, de Esteban Echeverría, sino con la inundación que desencadena los hechos que llevan a esa escena fundacional. El giro no pretende cuestionar la fórmula anterior, sino imitarle la forma desbocada para proponer algo diferente: si la violencia sobre el cuerpo del unitario define la inscripción política de la literatura argentina, que es lo que sostiene Viñas, la inundación establece la conflictividad del agua, que es la causa de todos los males que se exhiben en el matadero como teatro del país y, desde entonces, en las literaturas de la Argentina. La inundación es la desgracia de la picaresca costumbrista de “Los inundados” (*Santa Fe, mi país*, 1934), de Mateo Booz; el acontecimiento semejante al diluvio universal de “La inundación” (*Cuentos de amor*, 1956), de Martínez Estrada; el desastre natural que revela las condiciones precarias de vida en la crónica de Walsh sobre el Delta (“Clarooscuro del Delta”, 1969), en la de Conti sobre isla Paulino (“Tristezas del vino de la costa o la parva muerte de la isla Paulino”, *Crisis*, 1976) y en novelas de la literatura regional, como *El agua* (1968), de Enrique Wernicke.

El recorrido anterior es incompleto, pero permite atisbar el panorama que recorre el sistema a lo largo y a lo ancho. De las variaciones que produce esa proliferación se desprende un problema que no corresponde a la literatura nacional, que puede constituirse como unidad a partir de una única línea de lectura, sino a las literaturas regionales, una multiplicidad que, a lo sumo, puede organizarse en torno a un eje, como propongo a continuación. La inundación recorre las literaturas de la Argentina; sus formas literarias dependen de la inscripción territorial de los textos –qué es la inundación en cada geografía– y de la relación entre la literatura y la región –en qué poéticas se recorta, define, inventa el espacio regional.

Por ejemplo, Valli (2006-2007) propone el término “suelo-lugar” para cuestionar la definición tradicional de “región”. El concepto resalta la apropiación material y simbólica por parte de los sujetos que enuncian el “discurso del agua”. Pone de manifiesto, además, la relación entre los textos, el territorio y la producción crítica en torno de ellos. Más allá de que el uso pueda hacer circular los términos hasta expandir sus alcances, el análisis de Valli se basa en un conjunto particular de textos y, lo que es más importante, se asienta en la región del litoral, que incluye formas determinadas de relacionarse con los ríos. Mientras que el problema que plantea explícitamente, desde dónde se define la región, es constitutivo de otras propuestas crítico-teóricas sobre las regiones literarias, como las que hacen Molina y Varela

(2008) y Carolina Rolle (2010) respecto del carácter situado de la literatura; esto último, desde dónde se definen el regionalismo y sus problemas, puede pasar inadvertido.

En este punto me interesa situar los cuentos “Antes de antes” (*Noche cerrada, mar abierto*, 2018), de Juan Bautista Duizeide, y “Tormentas” (*Las tormentas*, 2017), de Santiago Craig, que cambian el sentido habitual de las inundaciones literarias. No son narraciones de la destrucción, sino de la producción; cuentan la transformación del paisaje por la intervención del agua. La pampa se vuelve mar, como en una versión mítica (narrativa) que le da cuerpo a la metáfora que pone los dos espacios a la par: “Ha entrado el mar a la llanura como un deseo de algo ocurrido hace millones de años” (Duizeide, 2018: 147). La crecida no es solo un aumento de agua, sino una transformación:

La geografía cambió y cuesta un poco orientarse. Hay el canto de los pájaros (los mismos pájaros) y el ruido de las chicharras y los animales pequeños (los de siempre en el campo), algo familiar, pero no aparecen los caminos donde tendrían que estar, los límites de las costas. (Craig, 2017: 167)

A la vez, las inundaciones cambian según la geografía; cada región tiene una forma particular de inundarse. Son dos cuentos, pero podrían o deberían ser un conjunto que trazara el mapa de las regiones anegables de la literatura con sus particularidades. Estas inundaciones, con sus variaciones respecto al sistema y entre sí, intervienen en los modos de pensar el espacio literario: cómo se definen, delimitan y producen las regiones y las literaturas regionales.

Regiones

La pregunta por qué es la inundación en estos cuentos puede empezar por la negativa: la inundación no es la desgracia ni la condensación de los males sociales sobre las zonas interiores o relegadas por el centro. La versión convencional solo aparece en la voz de la madre de la protagonista de “Tormentas”: “Toda esa gente, Dios mío, qué va a hacer en el agua marrón, en el río desbordado; toda esa gente que no puede ni correr ni nadar, ni juntar los muñones para implorarte como nosotros que los salves. Un desastre” (Craig, 2017: 147). Ella, en cambio, duda; sabe de esa forma de ver y narrar la inundación –“Que llovió es un decir, que hubo tormenta. Esto se llama de otra forma. ¿‘Desastre’ se llama?” (147)–, pero elige otra: “Es preciosa la mañana [...] Dan ganas de abrir la boca y comerse todas las tostadas del mundo” (147).

“Antes de antes” niega directamente la desgracia:

Ya no son nada las vacas y toros patas arriba, hinchadísimos, menos que menos los postes de alambrado y los alambrados enteros, ni los caballos, las tranqueras, los sulkys o los aperos a los tumbos por el agua encabritada. A eso ya ni le llevan el apunte. Ni siquiera los muertos a la deriva merecen atención y relato. (Duizeide, 2018: 146)

La historia que merece “atención y relato” es otra y empieza por la producción de un espacio regional diferente.

La primera línea del cuento de Craig es una definición regional: “El viento acá es otra cosa. Un susurro recostado en el borde de los toldos” (2017: 133). Hay un “acá” que es diferente de otros espacios posibles por el sonido que hace el viento, “otra cosa”. La particularidad sonora se extiende a la lengua hecha de “palabras cortas que cambian la erre por la ye y que se unen entre sí con una jota seca” (133), “Hablan como si estuvieran cantando; quitan o agregan sílabas como si llenaran de tachones una partitura” (133). El cuento describe una forma de hablar, no la registra. En cambio, construye una lengua literaria con las expresiones anómalas que no necesariamente son propias del lugar, pero sí del cuento: “todo nos queda a horas y días y distancias que en tiempo son sémola y engrudo” (134); “Así cae acá, Lucio, la tarde, como un pastel de zapallo que se desinfla apoyado en la ventana” (144).

En un texto que vincula la poética de Saer con la de Juan L. Ortiz, Sarlo (2016) propone desplazar el foco de la construcción regional del lugar sobre el que escribe el regionalismo tradicional –pintoresquista o folklorista– al lugar desde el que se escribe, que es una botánica y una geografía, pero sobre todo una elección dentro del lenguaje. Las expresiones que aparecen en el cuento de Craig parecen operar sobre ese postulado: caracterizan la región sin apelar a pintoresquismos; en cambio, hacen aparecer la geografía y la temporalidad en una lengua literaria que pone de manifiesto que la región es una construcción que tiene en el lenguaje uno de sus elementos centrales.

En el cuento de Duizeide, este desplazamiento está marcado por la ambigüedad. La lengua se carga de un vocabulario que podría ser pintoresquista, pero que se desvía en el uso. A veces, los localismos se integran a expresiones que transforman su significado y su función: los chicos andan por el campo “como una tropilla desbocada” (Duizeide, 2018: 137) o van “a rastrojear por ahí” (139). Otros parecen declarar su filiación literaria en la exageración del color local. Frases como “después de que un tobiano malacara lo voltease, punta ya de años atrás” (139) y “Juan, agregado a las casas nomás se desgraciaron los padres” (139) remiten

más a la gauchesca de lo que pretenden registrar las variantes lingüísticas locales. La lengua literaria combina el carácter constructivo de la región con un uso preciso de los nombres de los animales, las herramientas y las prácticas que establece el lugar de enunciación de la manera en que el mismo Duizeide señala como característico de la “literatura territorializada”, que es el término con el que define la transformación que producen escritores como Di Benedetto, Moyano y Conti. En contra del regionalismo tradicional, una literatura “a la vez innovadora y arraigada hondamente en sus territorios” (Duizeide, 2010: 64). En el último de la lista, particularmente, esto se manifiesta como una forma de nombrar propia de quien conoce el territorio.

La región, como el viento, como la lengua, es “otra cosa”, un artificio. “Tormentas” muestra esta idea como paisaje:

La calle, recortando el cielo anaranjado, parece más el fondo de un teatro que un pueblo verdadero [...] El paisaje acá tiene el pulso de las formas inventadas: el dibujo que una persona cualquiera haría con tiza o crayones de una casa, de un farol (Craig, 2017: 140).

En “Antes de antes”, el campo está hecho de una lengua literaria y el mar, la forma que toma la inundación en esta zona en particular, existe en los libros antes que en la realidad. A través de las historias que les lee y cuenta su abuela, los tres primos

[s]upieron de Gulliver y sus viajes, supieron de Robinson y su naufragio. Supieron del mar [...] y de los barcos que andan por el mar como si fuera un camino. Supieron que la llanura donde viven fue alguna vez mar, hace millones de años, aunque en verdad no saben qué es el mar. (Duizeide, 2018: 144-145)

La región reclama su carácter ficticio también porque se desprende de referentes reconocibles. Ningún lugar tiene nombre ni otras coordenadas que permitan identificarlo más que los elementos aislados que los ubican de un lado u otro del mapa de la Argentina: hay cerros en el cuento de Craig, campo en el de Duizeide. El primero se desprende de toda conexión con el resto del territorio. Parece ser, realmente, un decorado: “no hay nada más atrás de las montañas y que, si uno cruza los cerros o va hasta el final del río, se cae del caparazón de la tortuga gigante que nos sostiene” (Craig, 2017: 151). El segundo se ubica en una zona, pero evita la identificación precisa. Los libros con historias del mar llegan traídos por un viajante que “[v]enía bajando desde Mar del Plata y paraba por Quequén, Necochea, Tres Arroyos” (Duizeide, 2018: 143). La enumeración en suspenso impide saber hasta o hacia

dónde continúa para llegar al pueblo; la precisión en el uso de los nombres marca un territorio, pero no establece la referencialidad.

Agua de mar

La inundación de “Antes de antes” funciona según lo que Ana María Barrenechea (2000) dice sobre “El evangelio según Marcos” (*El informe de Brodie*, 1970), de Borges: aísla el territorio en el que se hace posible la adaptación de un texto al ámbito rural bonaerense. En el caso de Borges, los Evangelios; en “Antes de antes”, la literatura del mar que llega a “ese pueblo vuelto una isla en lo oscuro” (Duizeide, 2018: 144) por la inundación. La particularidad de este cuento es el lugar que ocupa en la producción de Duizeide. Es el relato entre mítico y de formación del capitán Juan Gonzaga, protagonista de las historias de navegantes de la novela *La canción del naufragio* (2015) y de otros cuentos de *Noche cerrada, mar abierto*. Gonzaga es el personaje, la leyenda y la voz que articula un proyecto de escritura en el que Duizeide inventa una narrativa marítima en un sistema literario que siempre se imaginó de espaldas al mar y a todas las aguas. Esta zona de la producción de Duizeide, el género y la región nacen juntas en la inundación que superpone el campo con el mar.

La configuración convencional del campo en el sistema literario argentino –su organización y su representación– está dramatizada en una escena de *Don Segundo Sombra* (1926), de Ricardo Güiraldes, y se confirma en la continuidad de la representación rural en torno a la que Montaldo (1993) define la corriente principal de la literatura argentina. Durante el recorrido con los reseros, Fabio descubre el final abrupto donde el campo “había vuelto a su calidad de desierto” (Güiraldes, 1989: 132). La playa es un espacio ambiguo, un “colchón amable” (121), pero también la zona a la que se desplaza lo que el sistema de propiedad de la tierra, del que forman parte sus trabajadores, había erradicado de la pampa. En la frontera con el agua están los cangrejales en los que “no podían aventurarse sino los que eran muy baqueanos” (119) y los “animales matreros que sabían esconderse” (119); produce terror porque es lo opuesto del “campo limpio” del trabajo o, como sostiene Sergio Pastormerlo (1996), el límite de la pampa y de la utopía, lo que queda afuera de la construcción del mundo sin conflictos que sostiene la novela.

El mar que está más allá ni se percibe; es un tercer elemento que solo se nombra por asociación con los otros planos del paisaje: “De abajo para arriba, surgía algo así como un doble cielo”, “Llegaba tan alto aquella pampa azul y lisa, que no podía convencerme de que fuera agua” (Güiraldes, 1989: 120-121). La metáfora de los viajeros ingleses, que Adolfo

Prieto (2003) usa para establecer otro comienzo de la literatura argentina, no sirve para entender y representar, sino para señalar el límite de la posibilidad o el interés de hacerlo. El cuento de Duizeide, en cambio, borra el límite que también es la delimitación de los sistemas literarios. La pampa y el mar no se confunden porque alguno de los dos no se entienda –según el punto de vista de ingleses y argentinos–, sino que se funden: se mezclan sin anularse.

Las historias y el espacio van del mar al campo: los libros que hablan del mar llegan desde las ciudades costeras; el campo fue mar en un tiempo anterior del que conserva algunos rastros: la campana de la escuela, que llegó “a toda vela, desde más allá del mar” (Duizeide, 2018: 138) en el barco al que le pertenecía, y el horizonte: “una línea azul a lo lejos. Como otro cielo, un cielo de perfil” (141). Lo que cuenta “Antes de antes” es una vuelta al origen que no es catástrofe ni regresión a la barbarie, sino transformación de la geografía. Lo que merece atención y relato no es la desgracia de la crecida, sino el mito fundacional del espacio regional. “Ha entrado el mar a la llanura como un deseo de algo ocurrido hace millones de años, ha entrado como un recuerdo de algo que todavía no pasó” (147). El agua que restituye un tiempo anterior es también el nacimiento de la identidad y la voz de Gonzaga, quien se reconoce “[h]ijo extraviado del océano” (148).

La inundación durante la que el mar cubre el campo convierte la comparación entre los dos espacios –definitoria pero no exclusiva de la literatura argentina– en un fenómeno natural que desordena el espacio, el tiempo, la división entre tierra y agua y algunas configuraciones literarias. “Antes de antes” se opone a la narrativa de la inundación como desgracia y también a la que plantea el “avance hacia atrás” de la tierra, la vuelta al origen, en términos negativos, desde la pampa que amenaza en las plazas y entre el adoquinado que presentía Martínez Estrada en *Radiografía de la pampa* a las lecturas distópicas de la literatura argentina que proponen críticos como Reati (2006) y García-Romeu (2019). En el cuento de Duizeide la entrada del agua al campo no sería una violación, como se podía prever a partir de la relectura del postulado de Viñas. El “deseo” habla de un evento más feliz que forzoso y violento en el que Gonzaga encuentra su destino: “una ola curvándose hasta el filo ilumina al primo Juan. Y por primera vez desde que llegó una tarde, al final del verano, él sonrío” (Duizeide, 2018: 148).

Agua de río

En “Tormentas”, el aislamiento es anterior a la inundación. La región se define por el recorte: “no hay nada más atrás de las montañas” (Craig, 2017: 151), es un “cachito de nada” (171) en el que “nunca pasa nada” (133). La inundación modifica la definición regional, que

abarca la delimitación del “cachito” y el tipo de cosas que pasan. Hay, por un lado, una configuración convencional en la reiteración de los “acá” con los que empieza el cuento –“El viento acá es otra cosa”, “Acá nunca pasa nada”, “Los de acá dicen”, al comienzo de los primeros párrafos– y que continúa con otro lugar común de la literatura regional: la forma en que el espacio se explica a los lectores es también la forma en que se le explica al personaje que viene de afuera, con el que se establece una oposición y un enfrentamiento: “¿Qué mira el porteño?” (141); “Las cosas así, que se entere: acá nos cambiamos sin vueltas” (144).

La inundación transforma la definición geográfica e identitaria de esta región. Miqui, la protagonista local, y Lucio, el porteño, se pierden igual en un espacio que dejó de ser reconocible: “Nos confundió el río que cambió el paisaje y nos llevó por otra parte” (Craig, 2017: 172). El cambio de los límites es también una redefinición del concepto de región y de sus modos de construcción. Así como en “Antes de antes” el río se vuelve irreconocible porque se convierte en un mar sobre el que los personajes no saben nada –¿Qué es el mar? [...] ¿Alguien ha visto cosas tales? (Duizede, 2018: 138)–, en “Tormentas” se plantean los problemas de los límites –“¿Dónde termina ahora el río?” (Craig, 2017: 156)– y de la diferenciación entre lo inundado por la lluvia y “el río de siempre” (158).

En esa confusión aparece la geografía nueva: lo que se produce entre el agua que cae, los personajes que la recorren y el lenguaje que usan para hablar de ella. Perderse es una forma de construcción del espacio, al que De Certeau (2007) define por el movimiento que vincula sus elementos o posiciones y al que le corresponde una forma de descripción que es el relato de la producción de conocimiento desde la práctica. Perderse es descubrir e inventar la región al mismo tiempo; un recorrido –“Bordeando la costa nueva. La costa que el río desbordado inventó con la lluvia, no la que estuvo siempre, la que en los mapas de la escuela dibuja el perfil amarillo de un sarnoso” (Craig, 2017: 164)– y una descripción que registra sus elementos –“El agua es plana y encima hay unos bichos nuevos: mosquitas blancas (grises) que parecen escarcha de papel quemado” (158). Las variables sobre las que incide la inundación definen los elementos que participan de la construcción de una región: un sistema de límites, un mapa –diferente del de la escuela–, un sistema fluvial, una fauna.

La inundación de “Tormentas”, además, hace aparecer otra narrativa. No es solo que la inundación sea el acontecimiento que irrumpe donde “nunca pasa nada”, sino que eso que pasa se cuenta de un modo que remite a la vez a lo mítico y a la narrativa de anticipación. La literatura regional suele estar dominada por el realismo, que es una de sus convenciones. La idea del fin del mundo que se va filtrando con sutileza en el cuento de Craig produce un desplazamiento que conserva, sin embargo, un grado elevado de ambigüedad. Por un lado,

porque aparece como una forma de decir: “Que llovió es un decir, que hubo tormenta. Se acabó un rato el mundo y después volvió a aparecer de nuevo” (Craig, 2017: 149). Por otro, porque corresponde al mismo tiempo a varios relatos: “lo que dicen en la radio, en la televisión, en el catecismo. Que un día una lluvia va a borrar todo” (138). El último ámbito vincula la lluvia con el apocalipsis; encuadra la inundación en un relato mítico-religioso que la vuelve comprensible, explicable. En cambio, ¿cuál es el relato que circula en los medios? ¿una forma de decir como la que tienen los personajes? ¿una alerta sobre el cambio climático? ¿o se trata de un atisbo de que en esta ficción el mundo puede estar por acabarse en serio, que el verosímil, aunque sea de manera sutil, no corresponde al realismo?

Esta posibilidad enmarca “Tormentas” en la colección que lo incluye. En otros cuentos de *Las tormentas* (Buenos Aires, Entropía, 2017), lo extraño, que puede rozar el fantástico o la ciencia ficción, aparece en pequeños comentarios que perturban un orden en apariencia realista. Por ejemplo, los anuncios de lo que podría ser el fin del mundo en “Hacer un pozo y meterse adentro”:

Antes de que nevara en Buenos Aires y explotara el cielo; antes de los meses pobres, de la separación y la reconciliación, de ver los meteoritos llegando lerdos y con una cola acuosa de chispas y las luces amarillas parpadeando en el cielo. (Craig, 2017: 124)

El cuento no se ocupa de esa trama, solo la usa como referencia temporal que destaca, por contraste, la normalidad realista del presente. Así funciona el apocalipsis de “Tormentas”, pero con una ambigüedad adicional que alterna la narrativa de género con el relato mítico: “después de la lluvia siempre le parece que el mundo naciera de nuevo, que viniera de otra parte y se estirase igual a un oso o un rinoceronte o a cualquier animal grandote y cansado encima de lo que limpió el agua” (145).

Esa trama establece un vínculo directo con el relato de origen de la región que une la pampa con el mar en “Antes de antes”. Acá también la inundación funda una región y, sobre ella, el modo narrativo de lo extraño regional: “A lo mejor acá empezó a acabarse el mundo. / Qué taimado el fin del mundo, ¿no? Arrancar por este cachito de nada” (Craig, 2017: 171). Contra la grandilocuencia del apocalipsis y las grandes catástrofes de la narrativa de anticipación que tienen lugar en espacios urbanos y usualmente centrales, un fin del mundo del “pago chico”, que puede ser “taimado” porque se dice con otra lengua. Todo ocurre dentro del “cachito de nada” aislado entre montañas que es la región: el fin del mundo, el apocalipsis, perderse. “[N]unca nos fuimos del todo. Estuvimos siempre acá nomás. Qué

triste” (172). La desilusión de Miqui en el cuento no es la de quien quería salir y no pudo, sino la de quien se perdió en el territorio que creía conocido. Eso es la región del cuento de Craig, un espacio en transformación, alterado por la inundación que, a la vez, redefine su representación y la configuración regional en torno a ella, alteradas por el modo narrativo que desordena los límites y las líneas que organizan el sistema literario.

Desborde

El agua en estos cuentos borra fronteras. “Dice que los ríos son más bravos que el mar, Lucio, que él conoce las dos cosas. Dice que el mar no inunda” (Craig, 2017: 155). Lo que dice el porteño en “Tormentas” es lo que pasa en “Antes de antes” en el que la inundación empieza con en “ese río desbocado que ya no reconocen” (Duizeide, 2018: 145) que se parece mucho al del cuento de Craig. ¿Es de mar el agua que inunda el campo? ¿o la creciente produce un mar, lo hace aparecer donde antes no estaba? Los cuentos se encuentran en la transformación de los espacios por la inundación: el río corre sus orillas, cambia su recorrido, se convierte en mar; el agua hace desaparecer la tierra o le impone nuevos límites, hace una isla entre los cerros y una costa en el campo; las zonas anegadas modifican su presencia en la literatura, se desplazan de la destrucción a la producción, y la configuración de la literatura, que apela a géneros y modos narrativos diferentes del realismo convencional de los regionalismos.

El conjunto, la inundación que no es desgracia, la producción regional, los tiempos míticos de una zona, la idea de zona como recorte imaginario del espacio remiten a Saer. Su modelo podría ser la inundación de “A medio borrar” (*La mayor*, 1976) durante la que Pichón Garay trata de “experimentar asombro, incluso miedo, piedad por los que el agua barría” (Saer, 2006: 147). “[L]a creciente, el éxodo, el miedo generalizado, la miseria, la muerte” están ahí, pero la “catástrofe [...] ni lo roza” (167). El cuento, narrado desde su perspectiva, se lee como una historia sobre otra cosa: su exilio y las explosiones, que son, sin embargo, una medida que pretende remediar la catástrofe de los otros y, por lo tanto, consecuencia de la inundación.

El tono y el modo narrativo de la inundación son una cuestión de ubicación y perspectiva. El agua, vista desde el auto de Héctor, es un paisaje: “hasta el horizonte, lisa, monótona, amarillenta, cada vez más alta, el agua” (Saer, 2006: 155). La región se construye desde una posición enunciativa que produce el recorte y lo carga de sentido. En el cuento, como en los de Craig y Duizeide, la misma inundación incide en la formación y transformación del espacio. Por un lado, donde antes había un arroyo, ahora navega un

vaporcito. Por otro, el agua coloniza el imaginario regional, por lo que afecta la percepción y la perspectiva de quienes, a su vez, crean la región: “estos ríos de agua confusa ganan [...] nuestra conversación, nuestro coraje, nuestros recuerdos, sepultan, inutilizan nuestra memoria común, nuestra identidad” (158). Por último, la inundación tiene una dimensión mítica que, como en “Antes de antes”, establece un origen, que podría ser el de la región o la zona: “un lugar virgen, sin vida animal, sumergido en un agua ciega en la que todavía no se ha formado la vida” (162).

La referencia a Saer sirve para articular algunas constantes de la transformación regional que viene teniendo lugar en las literaturas de la Argentina desde sus tiempos hasta ahora. Localizar la continuidad en un cuento en particular implica enfocar la cuestión más allá de la periodización y las categorías construidas por la crítica. Sin embargo, también es relevante que Saer sea uno de los objetos favoritos con que la crítica literaria argentina entendió la transformación del regionalismo. En uno de los textos clásicos sobre el escritor, Beatriz Sarlo (1996) define las condiciones de existencia de la zona –a la vez que participa de la operación por la cual la crítica se apropia del término para oponérselo al regionalismo convencional–: los elementos naturales, sus colores, la percepción del espacio, una forma de encuadrar el paisaje y, por lo tanto, el lugar de enunciación desde donde se lo delimita o inventa.

Estos elementos siguen ahí en Craig y Duizeide, como también la pérdida de referencias reconocibles que impiden asociar la región con un territorio en particular. Lo que querría distinguir es la particularidad del lugar de enunciación que hace posible narrar inundaciones que no son desgracias ni catástrofes. El distanciamiento de Pichón en “A medio borrar” tiene que ver con la posición enunciativa de quien está al borde del exilio. A partir de esa mirada, se puede pensar la construcción de la zona en la ficción de Saer como un regionalismo desde el exilio. En los cuentos de Craig y Duizeide, en cambio, el distanciamiento es una toma de posición literaria. Lo que merece “atención y relato” en la narrativa de Duizeide no es la inundación porque tampoco es el campo ni el pueblo, sino el mar que llega, que trae el barco que es el origen que instala las condiciones de posibilidad de la narrativa marítima en el Río de la Plata. En “Tormentas”, la inundación transforma el sentido del encierro en la región; el aislamiento deja de ser sinónimo de atraso o confinamiento para convertirse en territorio de experimentación, como en la lectura de Barrenechea sobre Borges. El lugar de enunciación es un posicionamiento literario que cuestiona el orden regional a partir de la presencia disruptiva del agua, que es una de sus constantes. Las inundaciones de “Tormentas” y “Antes de antes” inauguran otra experiencia

del espacio que permite perderse en lo que se supone conocido y salir del campo en barco; otra experiencia de la literatura que permite que en el “cachito” empiece a acabarse el mundo, que en la pampa se funde una narrativa del mar y que se acabe también el orden literario que confina las regiones a un único modo narrativo.

Bibliografía

- Barrenechea, A. M. (2000). *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges y otros ensayos*. Ediciones del Cifrado.
- Craig, S. (2017). “Tormentas”, “Hacer un pozo y meterse adentro”. En *Las tormentas* (pp. 133-173; pp. 117-131). Entropía.
- De Certeau, M. (2007) [1990]. “Relatos de espacio”. En *La invención de lo cotidiano. V.1: Artes de hacer* (pp. 127-142). Iberoamericana.
- Duizeide, J. B. (2010). *Crónicas con fondo de agua. Vidas secretas del Río de la Plata (Cuadernos de Sudestada n°5)*. Continente.
- Duizeide, J. B. (2018). “Antes de antes”. En *Noche cerrada, mar abierto* (pp. 137-148). Leteo.
- García-Romeu, J. (2019). “‘Pompeya y más allá la inundación’: los espacios de la catástrofe y de la anticipación regresiva en la literatura argentina”. *Babel. Littératures plurielles* (39), 67-85. DOI <https://doi.org/10.4000/babel.6777>
- Güiraldes, R. (1989) [1926]. *Don Segundo Sombra*. Colección Archivos.
- Molina, H. B. & Varela, F. (2018). *Regionalismo literario: historia y crítica de un concepto problemático*. UNCu. https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/11489/regionalismo-literario-molina-et-al.pdf
- Montaldo, G. (1993). *De pronto, el campo*. Beatriz Viterbo.
- Pastormerlo, S. (1996). “Don Segundo Sombra: un campo sin cangrejales”. *Orbis Tertius*, 1 (2-3), 89-100. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2484/pr.2484.pdf
- Prieto, A. (2003). [1996]. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1850*. Fondo de Cultura Económica.
- Reati, F. (2006). *Postales del porvenir. La literatura de anticipación en la Argentina neoliberal (1985-1999)*. Biblos.
- Rolle, C. (2010). “El regionalismo urbano en la literatura bonaerense del Siglo XXI”. *El hilo de la fábula* 8 (10), 27-36. DOI [10.14409/hf.v1i10.1944](https://doi.org/10.14409/hf.v1i10.1944).
- Saer, J. J. (2000). “A medio borrar”. En *Cuentos completos*. (pp.145-174). Seix Barral.
- Sarlo, B. (1996). “La duda y el pentimento”. *Punto de vista*. N°56 (31-35).

Sarlo, B. (2016). *Zona Saer*. Universidad Diego Portales.

Valli, O. R. (2006). “El espacio geocultural agredido (Apuntes en torno a una relectura del "suelo" regional)”. *Revista América* (18).

http://www.cehsf.ceride.gov.ar/america_18/07-valli_espaciogeocultural.html

Viñas, D. (2005). *Literatura argentina y política. I. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Santiago Arcos.